

rocaeditorial novela

«Una novela lírica y emotiva
acerca de una joven que se debate
entre su pasado, religión, raíces y cultura
y su propia voluntad.»

KHALED HOSSEINI

autor de *Cometas en el cielo*

Su
MANO
SOBRE
MI FRENTE

NAFISA HAJI



Su mano sobre mi frente



Su mano sobre mi frente

Nafisa Haji

Traducción de Inés Belaustegui

Rocaeditorial

Título original inglés: *The Writing on my Forehead*
© 2009 by Nafisa Haji
Publicado por acuerdo con William Morrow,
una editorial del grupo Harper Collins Publishes.

Primera edición: abril de 2009

© de la traducción: Inés Belaustegui
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-92-9
Depósito legal: M. 9.132-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Mamá y Papá, Mayí y Bapayí,
Nanima y Nana, Jalayan, Mariya Jala,
Tía Mamma, Ma, Nanima Grande, Mamma,
Banú Jala, Habiba Jala, Fupiyan y Bibi—
cuyas historias me ayudaron a comprender lo que fue.

Para Alí,
mi héroe en la historia de lo que es.

Y para Jalil,
mi ventana a la historia de lo que será.

Su índice el fallo escribe: si tu piedad impetra,
si tu ingenio excogita, si tu fe intercede
por borrar una línea, tu voz nunca penetra;
ni tus lágrimas juntas lavarán una letra.

Rubaiyat de OMAR JAYYAM*

* Traducción extraída de la versión yuxtalineal de Joaquín V. González (1863-1923), publicada por Hachette (Argentina, 1951), de la versión inglesa de Edward Fitzgerald. (*N. de la T.*)

Uno

Cierro los ojos e imagino el tacto de la mano de mi madre sobre mi frente, ahuyentando dulcemente los últimos restos de pesadillas infantiles. Su dedo recorre mi frente, trazando letras y palabras de rezos que yo no entendí nunca, que nunca quise entender, con el acompañamiento casi silencioso de su boca susurrante. Ahora, al despertar de la pesadilla que se ha convertido en costumbre (empapada en sudor, jadeando, resignada al insomnio que vendrá a continuación), recuerdo su suave caricia y la valoro con una profundidad que no sentí jamás cuando estaba viva.

11

Sacudo la cabeza para disipar la nostalgia. El mundo que nos rodea ha cambiado y, por todo lo que ha ocurrido, soy consciente de que ahora me toca a mí dar consuelo y no recibirlo; lo que no significa que haya demostrado ya estar capacitada para ello. Salgo de la cama tirando de mí e inicio el silencioso viaje nocturno por el pasillo. Me detengo en el umbral del cuarto de mi hermana. Su hija, Sakina, está dormida: un bultito acurrucado en la esquina de la vieja cama de Amina que se infla y se desinfla ligeramente con cada respiración acompañada, aparentemente en paz con la noche y su quietud de un modo que yo no experimento desde hace mucho tiempo.

Todas las noches tengo la misma pesadilla.

Estoy buscando a alguien en medio de un grupo de personas reunidas en una extensión interminable de césped, abriéndome paso entre camareros de pajarita y uniforme blanco que llevan bandejas con tazas de té y montañas de galletas y sándwiches. Veo mesas vestidas de lino blanco, sillas ocupadas por tías y tíos. Más allá del jardín hay un pabellón

revestido de teca, provisto de sillas con respaldo de mimbre, donde los pálidos, los blancos fantasmas de oficiales británicos y sus mujeres, los fundadores de este lugar, cuyo nombre sigue grabado aún en placas en la entrada principal, se reúnen a reírse de las ocurrencias de los nativos mientras remueven la ginebra o el whisky y brindan entrechocando los vasos.

Busco con urgencia, cada momento que pasa significa pérdida. Y muerte. Sé que es un sueño. Pero saberlo no mitiga el sentimiento de urgencia. Si encuentro a Amina a tiempo, entonces todo estará bien. Cerca de donde termina el grupo de gente veo algo que no había visto hasta ese momento: que la infinitud es sólo una ilusión. Unos muros altos rodean la extensión de césped. Del otro lado me llega un clamor, un fragor que apaga el tintineo de los vasos, las risas y las conversaciones de la gente a mi alrededor. Al otro lado de los muros —que parecen estar menguando, estar reduciendo su altura de tal modo que lo que hay fuera empieza a hacerse visible— veo hordas de gente iracunda, nubes de polvo y escombros cerniéndose sobre una ciudad en ruinas. A lo lejos diviso unas humaredas gemelas que se elevan en medio del caos.

12

Me vuelvo para dar la espalda a la aterradora escena y la veo a ella. Está sola, de pie en la otra punta del grupo de gente. Se despeja un pasillo. Echo a correr. Antes de poder darle alcance, me distraen unas voces que me llaman por mi nombre, detrás de mí. Me detengo y me vuelvo para ver quién me llama. Hay una vieja diciéndome que me apresure. Otra vieja, mi abuela, que meneaba la cabeza con gesto triste. Un viejo vestido como Gandhi, magullado y maltrecho, echa los hombros atrás y grita algo que no logro oír, al tiempo que levanta el puño en señal de protesta. Hay otra mujer blanca, diferente de las mujeres de los oficiales del pabellón, y está bailando ella sola al son de una música que no puedo oír, rodeando con los brazos a un compañero imaginario. Todos ellos son personajes familiares de historias que conozco, de historias con las que he vivido mi vida.

Les doy la espalda a todos porque Amina sigue ahí, sola, al final del grupo de gente. Va de rojo, el color que llevó en su boda, con la cabeza cubierta por el largo dupatta del vestido. Al verla, echo a correr, avisándola a gritos pero ella no me oye.

Desde algún lugar detrás de mí alguien dispara un arma. Amina cae al suelo y su sangre roja oscurece el rojo de su ropa. Yo grito, pero de mi garganta no brota ningún sonido.

A mi lado hay alguien. Una niña. Llevaba conmigo todo el tiempo, corriendo entre la multitud, tratando de salvar a su madre. Me vuelvo para mirarla frente a frente y veo que tiene los brazos extendidos. Levanto los míos en dirección a los suyos y me doy cuenta de que tengo algo en la mano. Ella lo ve también y retrocede. Bajo la vista y comprendo por qué: me había equivocado. El disparo no procedía de detrás de mí. Había salido de la pistola que tenía en mi mano.

No hay ningún misterio; sé exactamente lo que significa el sueño. Lo que no logro averiguar es qué debería hacer. Me acerco a la cama y me quedo mirando a Sakina unos segundos. Su cara queda oculta, pues la tiene vuelta hacia el otro lado. Abraza fuertemente una muñequita que antes fue de Amina. Yo me abrazo a mí misma y me maravillo al pensar en lo fácil que ha reivindicado sus derechos. Sobre el cuarto de Amina, sobre los juguetes de Amina. Recuerdo las peleas con mi hermana por tratar de conseguir eso mismo; peleas y escaramuzas que siempre terminaban con alguna historia que nos contaba nuestra madre. Pero eso fue hace mucho tiempo... en los días en que yo era tan pequeña que se me antojaba cualquier cosa que perteneciera a Amina. En los días anteriores a empezar a poner los ojos en blanco cada vez que mi madre nos venía con otra historia. Al darme la vuelta para salir de la habitación, mis ojos se detienen en un joyero del tocador. Y es tan nítido el recuerdo de una de esas peleas que, ahora, con su hija dormida en la habitación donde tuvo lugar la refriega, puedo notar los brazos de Amina a mi alrededor.

Amina me agarraba con tal fuerza que tuve que forcejear para liberar una mano. Pero lo logré, y de inmediato levanté el brazo para cogerle un mechón de pelo y tirar de él con todas mis fuerzas. Ella chilló, pero no tan fuerte como los alaridos que yo había empezado a dar nada más perder el control de su joyero, con el que me había sorprendido jugando en su cuarto. Su pelo era su talón de Aquiles, largo y liso, fácil de agarrar y de tener bien sujeto. Quizá también fuese un objetivo para mí porque se lo envidiaba. Mi madre me hacía llevar el pelo siem-

pre corto a lo chico (porque yo era una criatura salvaje, decía ella, y le costaba demasiado trabajo intentar domarlo).

—¡Suelta, Saira! ¡Au! —Amina intentó hacerse de nuevo con el control de mi díscola mano, pero no hubo manera. De todos modos, las dos oímos las fuertes pisadas enojadas de nuestro árbitro acercándose por el pasillo para poner fin a la pelea.

—*Bas!* ¡Niñas de la *júngula!* ¡No pienso tolerar este comportamiento de fieras salvajes en mi casa! —Mamá ya había conseguido separarnos—. ¿Te has vuelto loca, Amina? ¿Luchar así, como una criatura desvergonzada? —A mí no me hizo la misma pregunta porque hacía mucho que había decidido que yo era precisamente eso: una criatura *basharam*, descarada por naturaleza, a diferencia de Amina, a la que sí era posible reprender de este modo porque ella no era así.

—¡Saira estaba en mi cuarto sin mi permiso! Tenía mi joyero... —Amina recogió el objeto del suelo, donde había caído durante nuestra disputa.

—¡Sólo estaba jugando!

—Saira, tú tienes el tuyo.

—Pero está...

—¡Lo ha roto!

—¡Ha sido sin querer!

—¡Lo ha roto y ahora quiere cargarse el mío!

—Al mío se le ha caído la bailarina. —Me puse a llorar. La bailarina era importante—. Ya no baila.

—¡Uf! Niña de la *júngula*. Siempre rompiendo cosas, saltando como un mono de un lado para otro.

—Quería que bailara más rápido. No pretendía romperlo.

—En eso consiste ser una niña de la *júngula*. En hacer las cosas sin pensar, sin pretenderlo, en romper las cosas por no ser cuidadosa.

No lo veía justo, aunque era verdad que parecía que mis cosas nunca duraban tanto como las de Amina. Pero no era justo que Amina se librara de su mitad de culpa en la pelea.

—Amina me ha pegado. Me ha quitado el joyero de la mano y me ha pegado. Y luego me ha dado un empujón, me ha agarrado y me ha hecho daño en los brazos.

—¡Amina! —El horror que denotaba la voz de mi madre

bastó para que Amina agachara la cabeza, avergonzada. Mamá asintió, satisfecha con la muestra de arrepentimiento de Amina. De auténtico arrepentimiento, no del tipo que yo me sacaba de la manga de vez en cuando. Entonces Mamá se volvió hacia mí—. Y tú, Saira, ¿no le has tirado del pelo? Lo he visto al entrar en la habitación, las dos rodando por el suelo, empujándose y pegándose. ¿No os he contado lo que le pasó a mi prima Laila? ¿La vez que ella y su hermano estaban peleándose, forcejeando el uno con el otro, por un lapicero? Su hermano acabó clavándole el maldito lápiz en el ojo. No «pretendía» hacerlo, Saira. Un crío de la *júngula*, siempre lo fue. ¡Pobre Laila! —Mamá se estremeció—. Perdió el ojo, y de moza nadie quiso casarse con ella. Su hermano tuvo que cuidar de su pobre, desgraciada y soltera hermana el resto de su vida. Vive con él aún, en vez de tener su marido y su casa y sus propios hijos. ¿Lo veis? ¿Veis lo que pasa cuando los niños se pelean como las bestias?

Amina agachó de nuevo la cabeza, avergonzada. Yo noté que los ojos se me abrían como platos, con cara de truculenta fascinación.

—¿O sea que no tiene ojo, Mamá? ¿Tiene un agujero? ¿Tuvo que llevar un parche, como un pirata? ¿Y un ojo de cristal? ¿Por qué no le pusieron un ojo de cristal? ¡Sammy Davis Jr. tenía un ojo de cristal! Y Colombo. Me lo ha contado Papá. Por eso ponen esta cara... —Cerré un ojo con todas mis fuerzas, para intentar mostrárselo—. No estaría tan mal, ¿lo ves? ¿Lo ves, Mamá?

Mi madre sacudió la cabeza con gesto de desagrado. Y miró a Amina, que también meneaba la cabeza. Se echaron a reír.

—¡Criatura desvergonzada! ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Es que no te da miedo nada?

Yo no me reí con ellas. No en ese momento.

Ahora sí, ahora sonrío mientras me siento en el suelo enfrente de la cama donde duerme Sakina. La primera sonrisa genuina que consigo en semanas, aunque los músculos necesarios para formar esta expresión hayan estado sometidos a un firme entrenamiento gracias a los intentos fracasados de forzada y animosa confianza que le ofrezco a la niña a diario. Ahora entiendo el chiste; el que hizo reír a mi madre y a mi hermana: que no me había enterado de nada, que no había captado la mo-

raleja de la historia: que luchar con tu hermana puede producir un daño grave, como la pérdida de importantes partes del cuerpo o, peor, de la posibilidad de ser elegida como esposa, siendo éste un tema fundamental en prácticamente todos los relatos de Mamá.

Sakina suspira y musita algo ininteligible. Yo espero unos instantes a que se asiente el silencio. Me levanto cuidadosamente del suelo y descubro las prendas de ropa de Sakina desperdigadas, esparcidas por ella a puntapiés por toda la habitación. Las recojo, sostengo en alto la camiseta, los pantalones cortos. Cuando yo tenía nueve años, tres más que Sakina ahora, ya no me dejaban llevar pantalones cortos.

A los nueve años —creía Mamá— los pantalones cortos, los vestidos y las faldas que quedaran por encima de la rodilla ya no eran indumentaria apropiada para las niñas, o al menos para las suyas. El día antes de cumplir nueve años, mientras Mamá revolvía mi armario y mi tocador e iba arrojando los pantalones cortos a un montón que después daría a la beneficencia, me contó la historia de una amiga suya de la infancia que estuvo a punto de morir por la mordedura de una serpiente en la India: rondaba distraídamente por el jardín ataviada con un vestido demasiado corto cuando una cobra que se había escapado del cesto de un encantador de serpientes la atacó en el muslo. Yo entonces no era tan joven como para cuestionar la lógica de aquella moraleja: ojo con las serpientes si vas ligera de ropa. Recuerdo que le pregunté a Mamá por qué los niños no estaban sujetos a las mismas normas, si es que creía que eran inmunes a las mordeduras de serpiente o si es que a las serpientes les resultaban menos atractivos, de alguna manera.

Doblo la ropa de Sakina y me llama la atención lo chiquitinas que son sus prendas. Tiene seis años; es demasiado pequeña para soportar el peso de lo que han visto sus ojos. Salgo del cuarto que es suyo ahora con el mismo sigilo con que entré en él. Mientras me paseo por la casa pienso en la India... tan lejos del barrio residencial de Los Ángeles en el que crecimos Amina y yo. La Madre India, donde nacieron Mamá y Papá, era la fuente de todas las fábulas imposibles que nos contaba Mamá. Historias que siempre acababan con una vuelta de tuerca de proporciones kármicas y funestas.

La manera en que Mamá veía el mundo resultaba extremadamente reconfortante, con su creencia de que las cosas malas les pasaban a las personas malas. O, por lo menos, a personas no muy buenas que tomaban malas decisiones. Confería al mundo una suerte de lógica ordenada según la cual cada papel quedaba claramente definido y el deber y la obligación constituían el guion que había que seguir. Era una lógica que a mi hermana parecía convencerla plenamente.

Sin embargo yo me opuse desde el primer momento. A mí lo que me interesaban eran las tangentes (los piratas, los ojos de cristal). Después lo que más me intrigaba eran los qués, los dónde, los quién y los porqués de las tramas, y a menudo interrumpía el relato de Mamá, siempre dándole vueltas a lo que ella consideraba detalles sin importancia.

Y es que para mí lo más importante eran los detalles, esos diabólicos detalles que hacían que las historias de Mamá rebosasen las cajas que ella les había fabricado y se salieran de sus límites. En octavo pedí permiso para ir al baile de fin de curso.

—¡Nada de bailes! Saira, nosotros no bailamos, hombres y mujeres juntos no. Está mal. Conduce a otras cosas que están mal.

—Pero Mamá...

—¡No! Nada de peros. Sé lo que puede pasar, créeme. —Mamá hizo una pausa, un larga y calculadora pausa—. Una vez conocí a un hombre al que le encantaba bailar que avergonzó a su familia y a sí mismo por ello. —Mamá removi6 por última vez la cazuela que tenía en el fog6n, golpe6 varias veces la cuchara en el borde, baj6 el fuego, tap6 la cazuela y se sent6 ante la mesa de la cocina, indicándome con un ademán que hiciera lo mismo—. ¡Fue un escándalo monumental! Y todo eso pasó por el amor de aquel hombre a los bailes de salón.

—¿Cómo se llamaba el hombre?

—Él... Su nombre no tiene importancia, Saira. ¿Qué más da cómo se llamara? —Mamá se detuvo un instante para mirarme con cara de pocos amigos—. Además, no sabrías quién es. —Hizo otra pausa, con el entrecejo fruncido aún. A continuación reanud6 la narraci6n—: Era un hombre adinerado, dirigía el negocio de compraventa de su familia, en Bombay; un hombre destacado y respetado dentro de la comunidad. Su fa-

milia había recorrido un largo trecho desde sus modestos orígenes, cuando los lujos eran cosa desconocida para ellos y cuando tenían que llevar sus cuentas con sumo cuidado para mantener una imagen de respetabilidad que obligaba a tener al menos a un sirviente en la casa. Y todo el mérito de este avance le correspondía a él. Sin embargo, oyéndole hablar nadie lo habría adivinado. Era el mayor de cuatro hermanos y como el padre había muerto joven, cuando él tenía diecisiete años nada más, había cargado con la responsabilidad de cuidar de los pequeños. Ninguno podía quejarse de la labor que había realizado su hermano. Todo lo suyo, todo lo que había ganado, era de ellos también.

—¿De qué murió el padre?

—De cáncer de la sangre.

—¿Cáncer de la sangre? ¿Qué es eso?

Nueva mirada ceñuda.

—Leucemia, lo que nosotros llamábamos cáncer de la sangre. ¡Pero eso no tiene nada que ver con la historia! De verdad, Saira, no te puedo contar nada si me interrumpes constantemente con cosas así.

18

—Lo siento. —En realidad no lo sentía. Sólo sentía curiosidad.

—Vale. Bien. Su reputación en la comunidad era inigualable. Todo el mundo le tenía por un caballero, y no se equivocaban. Era difícil encontrar a un hombre más considerado, más generoso y más cabal que él entre los principales hombres de negocios de Bombay. Todo el mundo sabía que él era la persona a la que había que acudir en los malos tiempos y mucha gente acudía a él cuando su suerte sufría algún revés. Jamás decía que no. Sus vecinos no tenían más que pedir. A menudo decía que ése era el secreto de su éxito, la firme creencia de que toda su riqueza era simplemente un *amanat*, un fideicomiso, que le había sido dado a él y a su familia por Alá pero que en realidad pertenecía a su prójimo y su deber era compartirlo con los menos favorecidos por Dios.

—¿Y lo hizo?

—¿Si hizo qué?

—¿Compartió sus riquezas?

Mamá arrugó la nariz.

—Sí. Lo hizo. En parte. En una buena parte. —Mamá lo dijo como a la defensiva.

—¿Pero seguía siendo rico?

—¡Sí! Sí, ya te lo he dicho. Era un hombre muy acaudalado, pero era bondadoso con los menos afortunados, y generoso. Su única debilidad era su amor por todo lo de Occidente. Tras la Independencia, su negocio floreció, y lo que no gastaba en los pobres se lo gastaba en las mercancías que los occidentales de categoría parecían apreciar más. Llevaba elegantes trajes y zapatos italianos hechos a medida y relojes suizos caros. Lo mejor de lo mejor. Y conducía un enorme coche americano que tenía alerones y colas.

»Cuando se casó con su hermosa mujer, en la época en que aún no había amasado su fortuna, la llevó a un salón de belleza y pidió a la estilista que le cortasen el pelo siguiendo las últimas tendencias que aparecían en las revistas de belleza europeas. Le cortaron su negra y sedosa melena de casi un metro de largo. La mujer se pasó varios días llorando, sin hallar consuelo en los elogios de su marido y en sus aseveraciones de que ahora al menos tenía un aspecto “moderno” y “occidental”. La hizo vestir los saris con blusas sin manga, que estaban de moda en el mundillo del cine de Bombay. La primera vez que su suegra la vio de esta guisa, torció la boca con gesto de desagrado. Y su abuela política dijo: “Se te abrasarán los brazos en el infierno de aquí a aquí”. —La mano de mi madre bajó desde el omóplato hasta la muñeca.

—¿Y se lo contó a su marido?

—Sí, por supuesto. Cuando su mujer, llorando, le contó lo que le había dicho su abuela, el hombre dijo: «La próxima vez le dices que a ella se le abrasarán los brazos de aquí a aquí». —Esta vez mi madre llevó la mano desde la mitad del brazo hasta la muñeca, que era la extensión que dejaba al descubierto el sari tradicional—. «No te preocupes», le dijo él, «son sólo unos centímetros de diferencia. No te dolerá mucho más que a ella». La llevaba a todos los clubes y locales nocturnos de moda. Ella procedía de una familia conservadora, igual que él, y despertaba lástima y admiración por aguantar valerosamente los caprichos de su marido. ¡Incluso la llevaba a bailes de salón, llegando a contratar un profesor para que le ensañara los pasos!

»La palabra que utilizamos para describir a hombres así es *shaukín*. Significa “estar muy interesado en algo”: estaba interesadísimo en probar cosas novedosas, interesadísimo en el aspecto y el sabor de las cosas, terriblemente interesado en la vida en general. —Mamá suspiró. Se levantó para servirse una taza de té—. Siempre es una maravilla conocer gente *shaukín*. Ves a gente siguiéndoles, como atrapados en su estela. Y cuando entran en algún lugar, es como si llevaran consigo una especie de energía. —Con el té en la mano, Mamá se volvió para mirarme a la cara, regresó a la mesa y se quedó mirándome unos segundos antes de proseguir con el relato—. La mujer de aquel hombre aprendió, muy deprisa, a dejarse llevar discretamente por aquella estela. No le resultó fácil. Se había casado muy jovencita, siendo casi una niña. La transición del hogar de sus padres al de su marido había sido un reto para ella. Pero era afortunada por dos razones: una era que había sido educada tan bien que supo comprender en qué radicaba la diferencia de lo que se esperaba de ella ahora. Era la pequeña de la familia y se lo consentían todo. Todo el mundo en su casa, sus padres, sus hermanos, su hermana, la habían mimado y querido mucho. Pero ahora era la nuera, y tenía que aprender a obedecer no sólo a su marido sino también a la madre y a la abuela de él, que se quejaban constantemente y estaban siempre criticando. Pero ella se las ingenió para aprender los pasos de esa danza también. A mantener la compostura, a asentir respetuosamente delante de su suegra y abuela política. La otra razón por la que era afortunada consistía en que su marido era realmente un caballero encantador. Era bueno con ella, paciente y afectuoso.

»Durante la época de la Partición, cuando la India quedó dividida en India y Pakistán, su familia, la de ella, es decir, sus padres, decidieron marcharse de Bombay a Pakistán y establecerse en Karachi. Como tantos otros. A pesar de la pena que sintió al tener que decir adiós a su familia, ella sabía que su sitio estaba junto a su marido. Que su casa estaba donde estuviera él. Que su felicidad dependía de la suya.

»Construyó su vida alrededor de él. Tuvieron tres hijos. Cuando murieron la abuela política y la suegra, al fin se hizo dueña y señora de su hogar. Supervisaba a los sirvientes (tenían

muchos, ahora que el marido se había vuelto un hombre rico) y cuidaba de los hermanos de su marido y de sus mujeres, cuyos matrimonios había ayudado a concertar. Pero seguían viviendo todos juntos, como una gran familia, en la gran casa nueva que el marido había comprado. Ella se tomaba muy en serio la tarea de mantener el orden y la disciplina en su casa. No era una persona materialista, pero se alegraba del éxito de su marido porque a él le daba alegría. Siempre había sido una mujer piadosa, pero conforme pasaban los años se volvió más religiosa y se pasaba cada vez más tiempo en su estera de rezar, dedicando cada vez más su pensamiento a la conmemoración de Dios. A su marido le gustaba; decía que la piedad de su mujer era otra razón por la que Dios les sonreía y les concedía tantos favores.

—¿Él también era religioso?

—¿Religioso? Sí. Él rezaba. No bebía. Intentaba siempre hacer lo correcto.

—Menos con lo del baile.

Mamá parecía haber olvidado el asunto de la historia.

—¿Eh? Sí, claro. Menos con eso. Un buen hombre, un marido satisfecho, aún lo bastante bondadoso como para expresar a menudo su aprecio por los esfuerzos y virtudes de su mujer, públicamente, mientras sus hijos crecían. Sus hijos le querían, sus hermanos le respetaban, la comunidad le honraba. Tenía todo lo que un hombre pudiera desear. —Mamá dio un largo sorbo al té antes de añadir—: Su mujer también era feliz. Todos sus hijos estaban bien situados. —Mamá alzó la vista hacia mí; tenía la frente arrugada. Entonces, mientras depositaba la taza en el platillo, distendió el rostro y alargó el brazo para tocarme la mejilla con los dedos y colocó un rizo de mis cortos cabellos detrás de la oreja, diciendo—: Era feliz como yo lo seré cuando Amina y tú os hayáis hecho mayores y estéis casadas. —Pensando en ello, mi madre suspiró (liviana y alegremente) y permaneció en silencio unos segundos—. Cuando su hija mayor, que estaba casada y vivía en Londres, estaba a punto de dar a luz al primer nieto de la familia, el marido y la mujer decidieron aguardar su llegada en persona. Arrendaron un piso allí, cerca del de su hija, y se instalaron en él para esperar el momento, con bastante antelación al nacimiento del bebé.

—¿Y por qué no fueron a casa de la hija?

—¿Mmm? Pues no se hacía eso. En los viejos tiempos no se consideraba correcto que un hombre viviera en la casa de su hija. Es decir, en la casa de su yerno. Era como entrar en una propiedad privada sin permiso.

—¿Ni de visita?

—Ni de visita. Así pues, todos los días, en los días finales antes de que el embarazo cumpliera, iban andando juntos, después de desayunar, al piso de su hija para tomar un té con ella. Luego, él se iba a dar un paseo a Hyde Park. Allí fue donde empezó el escándalo. No se sabe dónde exactamente ni cómo, el hombre conoció allí a una mujer; bueno, a una niña en realidad. Podría haber sido su hija. ¿Quién sabe cómo sucedió? ¿Cómo aquella niña, una inglesa, le sedujo? ¿Cómo empezó todo, cuánto tiempo duró? A las pocas semanas del nacimiento de su nieto, el hombre llegó a casa y le dijo a su mujer que estaba enamorado. Que la dejaba por una mujer a la que había conocido en el parque. Una hippie.

22

En ese momento Mamá dejó de hablar. Dio unos cuantos sorbos más a su taza de té, de prisa ahora, aunque la última vez se había demorado en ello.

—¿Y qué hizo su mujer?

—¿Qué podía hacer? Nada. No había nada que pudiera hacer para retenerle. La dejó. Dejó su vida en la India. Dejó su negocio, sus contactos sociales, y se convirtió en un loco a ojos de toda la comunidad, humillando a su mujer, avergonzando a sus hijos. Abandonó a toda su familia sin pensárselo dos veces.

Recuerdo haber quedado petrificada sólo de pensar en que un hombre indio, un hombre musulmán, se comportase así.

—¿Y entonces qué pasó?

Mamá me miró fijamente a los ojos durante un buen rato. A continuación, apartó la mirada y respondió:

—Murió poco después de aquello. Solo y desvinculado de su familia.

No se me ocurrió nada que replicar durante un ratito. Hasta que recordé por qué mi madre había empezado a contarme aquella historia en primer lugar.

—Pero, Mamá, ¿qué tiene que ver todo eso con el baile de fin de curso?

Mamá chasqueó la lengua con actitud impaciente.

—¿No lo ves, Saira? El baile. Eso fue lo que llevó a aquel hombre a la perdición. Él no... no respetó las normas de su cultura y su comunidad. A él le gustaba bailar a lo occidental. En nuestra cultura, los hombres y las mujeres solamente se tocan cuando están casados, y en privado. Cuando uno se olvida de las normas de su cultura, acaba por quedarse sin ella. Se olvida de lo que está bien y de lo que está mal. Se olvida de que el motivo por el que está aquí no es sólo pasarlo bien egoístamente. Lo que cada cual hace afecta a otras personas, que nos aman y se preocupan por nosotros. No está bien pasar por alto el amor y la lealtad de los demás, ser egoístas en lugar de pensar en lo que les debemos. Todos tenemos deberes y obligaciones en la vida. Y esos deberes vienen primero, antes que nuestros propios placeres y caprichos egoístas.

Deber y obligación. Al oír esta conclusión, ¿puse los ojos en blanco? Seguramente. Seguramente hice un mohín, salí de la cocina de malos modos y me pasé horas enfurruñada ante la perspectiva de tener que renunciar al baile del colegio. En ningún momento se me pasó por la mente acudir a mi padre. El triángulo femenino de la dinámica de nuestra familia dejaba a mi padre —en sentido geométrico— en un plano lejanísimo, como un punto aislado cuya relación con nosotras no era posible establecer con precisos términos matemáticos. Supongo que era natural: él era hombre. Pero esa explicación más bien simple de su exclusión no me dejaba tranquila, y de algún modo me sentía responsable por no haber nacido yo varón.

Las explicaciones simples siempre me dejaban intranquila. Supongo que fue por eso por lo que me hice periodista. Durante años recorrí el mundo sacando a la luz detalles que los demás no veían mientras eludía los detalles de mi propio pasado.

Esos detalles ahora son imposibles de rehuir. Aun así, lo intento buscando refugio en el sofá, alargando el brazo para darle al mando. La pantalla vierte imágenes de guerra a la habitación. James Earl Jones anuncia que «Esto es CNN» y me doy cuenta de que no estoy dispuesta a dejarme cautivar por el telediarario 24 horas a pesar de su voz de Darth Vader. La voz de la Autoridad. La voz del Imperio, que narra historias pulcras y limpias, con moralejas pulcras y limpias. Como las de mi ma-

dre. Historias a las que les han quitado todos los detalles sucios porque no aportan nada al mensaje. En otras circunstancias yo estaría ahí, en la otra punta del globo, currándomelo para mostrar esos detalles, a esos bebés muertos por las bombas, esos banquetes de boda regados de metralla, esos soldados abrasados y heridos, muertos, matando... Todo el daño colateral que la voz de Darth Vader desecha por nimio. Detalles. Apago el televisor.

Me pregunto cómo ha pasado... cómo es posible que haya vuelto a casa de mis padres y me encuentre sola, con la hija de mi hermana dormida y a mi cargo. Respiro en medio del silencio y de la oscuridad de la noche. Y pienso en los detalles. En cómo disociarlos del pasado, que yo creía entender, para traerlos al presente, que no soy capaz de entender.